

MORAL DE COMBATE

Ramón Gómez Martínez
Teniente Coronel. Infantería

PRÓLOGO

Un trabajo sobre los valores morales es en sí mismo muy interesante, especialmente en nuestros días, cuando el orden moral parece hallarse muy adormecido –por no decir olvidado- en la sociedad moderna.

Dicha carestía se agrava cuando se trata de este orden en la guerra. La sociedad de nuestros días, que evita aceptar y mirar de frente a la posibilidad de la guerra como si estuviese erradicada definitivamente de la faz de la Tierra, no afronta con valentía ésta cuestión.

Si la guerra no ha desaparecido, simplemente se ha hecho más peligrosa, como dice Paret, y está surcada en todas direcciones de fuerzas morales, según Clausewitz, tratar del orden moral en la guerra es una cuestión elemental que no debe ser abandonada, máxime cuando son muy escasos los trabajos publicados sobre ello.

La obra que tenemos entre las manos tiene entonces un valor primario: el de enfrentarse resueltamente con una severa realidad de la guerra, con la “moral de combate”.

Nos alegra y congratula ver como sale a la luz un trabajo acerca de cuestión tan importante, que ya la vigente Doctrina de Empleo de la Fuerza Terrestre realza, al considerarla como el principal factor multiplicador de la capacidad de combate de una unidad y, por tanto, de un Ejército.

El autor, el Teniente Coronel D. Ramón Gómez Martínez, es un compañero de Armas y amigo muy estimado, que fue además colaborador muy directo en la Dirección de Doctrina Orgánica y Materiales del Ejército, que tuve

el honor de mandar. De sus conocimientos profesionales, de su capacidad y, sobre todo, de la calidad de sus trabajos tengo grata constancia, y habla con elocuencia la presente obra.

Pero entre sus numerosas y valiosas cualidades, destaca su aguda capacidad de síntesis. Es muy poco frecuente encontrar autores capaces de expresar en una línea, en un párrafo, la noción clara, precisa y completa de un acontecimiento, de un suceso, de una idea. Él lo consigue con enorme facilidad.

El TCOL. Gómez Martínez aborda la moral de combate desde una perspectiva muy interesante y poco habitual: la de un sistema planetario, en el que unos aspectos –los nucleares- son los fundamentales, y otros, -los planetarios- son los que girando en torno a aquéllos, son capaces de modificar substancialmente el conjunto. Su contenido es verdaderamente interesante, lo que le ha hecho acreedor al premio “Hernán Pérez del Pulgar 1999” de la Real Maestranza de Caballería de Granada.

Entre los factores que el autor considera, destacan algunos que, por novedosos y actuales, se hallan muy poco presentes en los trabajos sobre ésta cuestión. Así, el estrés o fatiga de combate, responsable de la cuarta parte de las bajas en el combate moderno; la información y propaganda, que da una fuerza incontenible a la opinión pública, hasta el extremo de convertirla en elemento decisivo de la guerra; o la legitimidad de la acción, presupuesto indispensable para acometer cualquier operación militar en nuestros días.

Por el tema elegido y por sus contenidos, felicitamos al autor y le auguramos los mejores éxitos para su trabajo.

Dejamos ahora al lector ante la obra, con el convencimiento que será de su agrado, le aportará valiosos conocimientos y despertará inquietudes profesionales muy interesantes.

Felipe Quero Rodiles

General de División

LA CAPACIDAD DE COMBATE es la aptitud que precisa una organización operativa para cumplir la misión encomendada. Sus componentes son la moral y la potencia de combate.
(DO1-001. DOCTRINA. Empleo de la Fuerza Terrestre. 1998)

INTRODUCCIÓN

El Comandante en Jefe del Ejército de Vietnam del Norte, describía su estrategia: *“Nuestro armamento y equipo eran inferiores al del enemigo, así que sólo podíamos desarrollar la superioridad moral, sólo entonces podíamos osar combatirlo resueltamente, sólo entonces podíamos permanecer firmes ante las difíciles pruebas que creaba la superior potencia de fuego que el enemigo había desplegado ”.*¹

En el sentir del ciudadano contemporáneo, el ser humano tiende por naturaleza a dirimir sus diferencias por procedimientos civilizados. Creemos que la guerra es algo “que les pasa a otros”; que es una barbaridad resolver las diferencias con las armas; que siempre se puede llegar a un arreglo, a través del diálogo; que la pérdida de vidas humanas por diferencias ideológicas o de criterio, nunca está justificada. También que, por el grado de sofisticación técnica de la guerra actual, un país de nivel medio no tiene posibilidad alguna de éxito llegado el caso de la confrontación. El egoísmo también es posible que tenga su parte, en el sentimiento de rechazo a la guerra como perturbadora de nuestro modo de vida.

Pero el hecho es que ahora hay guerra en suelo europeo, por primera vez tras el fin de la Segunda Guerra Mundial. En ella han resucitado atavismos que parecen extraídos de los libros de historia, confrontación religiosa, racismo,

¹Coronel W.M. Darryl Henderson, *La cohesión: El elemento humano en el combate*, CESEDEN, Madrid, 1983, pág. 13

exterminio sistemático, vejaciones, lo que evidencia que el recurso a la fuerza sigue siendo necesario.

Junto a la potencia de combate como componente físico, la moral sigue siendo la otra parte que condiciona la capacidad de combate de una fuerza. De los factores que la influyen o condicionan unos son permanentes (valor, miedo), otros se han potenciado (legitimidad de la causa), otros son casi de nuevo cuño (exigencia de una competente asistencia sanitaria y social). En las páginas siguientes se pretende bruñir conceptos, abrillantar facetas, de ésa amalgama de factores que con intensidad variable según la época histórica, las circunstancias político-sociales o las condiciones personales, afectan a la moral de combate.

I - PRESENCIA HISTÓRICA

Pero, ¿existe la moral de combate?

Para cada caso concreto, la respuesta exacta y verdadera sólo se tendrá en el momento del combate, por lo que en tiempo de paz sólo cabe colegir su existencia por signos externos y preparar o mantenerla en base a técnicas o medios que la experiencia ha demostrado válidos.

En abstracto, y según la experiencia histórica, puede asegurarse que sí, aunque por sus manifestaciones y consecuencias es mucho más sencillo identificar aquellos episodios en los que su ausencia provocó el fracaso, que aquellos otros en que su presencia puso alas a la victoria.

Ejemplos hay de cada caso.

En la conquista de Méjico, en el episodio de Otumba ...”*¡Oh, qué cosa era de ver ésta tan temerosa y rompida batalla; cómo andábamos tan revueltos con ellos, pie con pie, y qué cuchilladas y estocadas les dábamos, y con qué furia*

los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos, y los de caballo, como era el campo llano, cómo alanceaban a su placer entrando y saliendo, y aunque estaban heridos ellos y sus caballos, no dejaban de batallar muy como varones esforzados!. Pues todos nosotros los que no teníamos caballos, parece ser que a todos se nos ponía doblado esfuerzo, que aunque estábamos heridos y de refresco teníamos otras heridas, no curábamos de las apretar, por no nos parar en ello, que no había lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos con ellos a les dar de estocadas..”²

El último mensaje que dirige a Annual el Comandante Benítez, jefe de la posición de Igueriben: *...”sólo quedan doce cargas de cañón, que empezaremos a disparar para rechazar el asalto. Contadlas, y al duodécimo disparo, fuego sobre nosotros, pues moros y españoles estaremos revueltos en la posición”.*³

En el mismo episodio histórico la moral de combate muestra sus dos caras en Dar Quebdani, donde un coronel jefe de posición, al mando de casi mil hombres en razonables condiciones de defensa, se aviene a pactar la rendición y provoca la matanza de sus hombres desarmados; mientras que en la aguada de esa misma posición, el Capitán Amador, con cien hombres de su Compañía rechaza capitular y muere con los suyos en postrer combate a la bayoneta.⁴

II - CONCEPTO

La guerra es *“una pugna de fuerzas morales que tienen a su servicio fuerzas materiales”*, según Montaigne.

²Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Espasa-Calpe S.A. Madrid, 1984, pág.277

La misma palabra “moral”, provoca cierta incomodidad en el lector moderno. Hablar de ética³, es lo políticamente correcto.

Si además definimos la moral como “de combate”, perplejidad general, porque el ciudadano medio percibe ambas como conceptos incompatibles.

Es cierto que el vocablo “moral” se presta a confusión. En principio indica una actitud de las personas para actuar conforme a un criterio recto, a una referencia espiritual de corte religioso o de derecho natural. En ésta acepción, la moral está fuera del orden jurídico, que es un instrumento coactivo de la sociedad, constituyéndose en cambio en una cuestión individual, de orden interno. Pertenece al mundo del espíritu y no al físico o de los sentidos porque es una apreciación del entendimiento o la conciencia. La formación religiosa y humana son condicionantes en éste campo.

Podemos considerar que la moral es el conjunto de facultades del espíritu, generadores de esquemas de conducta en base a los cuales se juzga la bondad o maldad de las acciones u omisiones de las personas y su carácter.

También tiene la acepción -que no es objeto de éste trabajo- de ciencia o conjunto de estudios que tratan del bien en general, y de las acciones humanas en orden a su voluntad o malicia.

En una acepción más próxima a lo que aquí se pretende, la moral puede entenderse como estado de ánimo, individual o colectivo. Y en relación a las tropas, se refiere al espíritu de lucha o a la confianza en la victoria.

En el plano profesional militar, la moral se sobreentiende “de combate”. Hay que comprenderla como el impulso o fuerza interior que hace al combatiente sofocar el instinto de conservación y arriesgar su vida de un modo

³ Pando Despierto, Juan, *Historia secreta de Annual*, Ed. Temas de Hoy S.A., Madrid, 1999, pag.149

⁴ Pando Despierto, J., *op.cit.*, pag. 229

consciente desdeñando el peligro, o que le pone en tal grado de excitación que, velando su entendimiento, le impide apreciarlo objetivamente.

“Un ejército racional huiría siempre”, decía Montesquieu.

Es un factor omnipresente tanto en el planeamiento y ejecución de las operaciones militares, como en el análisis y comprensión de sus resultados.

Los escritores militares así como los redactores de normas reglamentarias reconocen su importancia, pero suelen tratarla bien en forma axiomática, con frases rotundas y bellas composiciones, bien de modo meramente descriptivo.

Pero el Mando que va a beneficiarse o sufrir las consecuencias de su existencia o calidad, debe desentrañar el concepto lo suficiente para conocer sus resortes.

Sobre la moral militar, decía García Morente que *“sus motores, sus virtudes básicas, son el amor a la Patria y el culto al honor; siendo la valentía y la abnegación, sus instrumentos.”*⁵

¿Qué es lo que mueve a un soldado a combatir?.

Indudablemente una íntima convicción, sin que esto presuponga un concepto filosófico profundo, una cuestión elaborada. Se combate por ideología, por amor, por odio, por miedo, por deseo de venganza, por gusto por el riesgo, por la novedad de la experiencia, por disciplina... El riesgo se asume a veces por sentido del deber, y otras por no incurrir en falta, *“queriendo más morir honradamente haciendo lo que deben que vivir en mengua no lo haciendo”*⁶.

* Parte de la filosofía que trata de la moral y de las obligaciones del hombre. (Diccionario RAE)

⁵ Gárate Córdoba, Jose María, *Los intelectuales y la milicia*, EME, Madrid, 1983, pag.467

⁶ D. Juan López de Palacios Rubios. 1524. *Tratado del esfuerzo bélico heróico.(Capítulo XI)*. Citado por Barado, Francisco, *Literatura militar española*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1996, pag.177.

Para Clausewitz, *“las principales potencias morales son el talento del general en jefe, la virtud militar del Ejército y el espíritu nacional del mismo”*.

La moral de combate es la resultante de un conglomerado de factores, a veces cambiantes, que la potencian o la atemperan. Es una manifestación extrema de la ética militar, el momento de poner a prueba los principios morales del profesional. Pero también influyen factores puramente físicos.

“Llamo espíritu guerrero a un estado de ánimo habitual que no encuentra en el riesgo de una empresa motivo suficiente para evitarla”.⁷

La moral puede tratarse en tres planos: moral colectiva o nacional, es decir, la moral de guerra de la sociedad en su conjunto; moral de combate de las Unidades, y moral del combatiente individual.

Tras una breve referencia a la primera, nos centraremos en las dos últimas, particularmente en la del combatiente.

La moral de guerra, necesaria para que el hombre y la sociedad afronten el conflicto con espíritu de sacrificio y actitud positiva, puede generarse por diferentes motivos. Existen los de orden económico (necesidad), sentimental (raza, orgullo nacional), espiritual (religión, cultura, diferencias sociales, política), generalmente derivados de una voluntad colectiva que persigue imponer su punto de vista. Pero el pilar más importante de la moral de guerra de un pueblo, es la pasión, espontánea o creada, que se cimenta a su vez en el íntimo convencimiento de la bondad de la causa que se defiende.

Sentada la convicción como base, pretender imponer la moral es el camino mas seguro para el fracaso.

El deber se acepta, o se impone por disciplina. La pasión nace del sentimiento. Las ideas, la convicción, nos alejan del instinto de conservación de

un modo racional, la pasión simplemente lo desdeña. Existe un estado de tensión entre lo racional y lo que no lo es, que tiene su fiel reflejo en las situaciones vividas o decisiones que se toman en ambiente de combate.

*La moral individual está relacionada con cierta condición de bienestar físico y emocional que permite al individuo vivir con esperanza y trabajar eficazmente*⁸.

Es esencial que el combatiente comprenda la causa por la que se bate, la razón del sacrificio que se le pide, y lo asuma como un deber. Conseguido esto, la pasión nacerá si no la había y la moral de combate se mantendrá con firmeza. Si lo que se juega es la propia supervivencia nacional, y esto es percibido así por los ciudadanos-combatientes, el camino se allana.⁹

Raimondo Montecuccoli, general en la Guerra de los Treinta Años, aconsejaba al respecto: *“con objeto de que los hombres se preparen para el combate de una forma que puedan comprender fácilmente, el jefe declarará que no es el ejército de la patria, sino la patria misma la que está en peligro, porque nada quedará de ella si el ejército es derrotado; que la patria ha encomendado todos sus recursos y poder a los soldados; que éstos son los depositarios de todas sus esperanzas, que seguramente no quieren ver destruídas”*.¹⁰

III - LOS FACTORES DE LA MORAL DE COMBATE

Para el combatiente, la guerra es el sacrificio. Esta es la clave, la disposición a dejarse la piel en beneficio de una idea, en provecho de la

⁷ D. José Ortega y Gasset. *El espectador*. V. 1927 (O.C. tomo II, págs. 418-421). Citado por Barado, F., *op.cit.*, pág. 341.

⁸ Maucorps, P.H., *Psicología militar*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1972, pág. 99.

⁹ Guerra de Invierno. Finlandia. 1940

¹⁰ Keegan, John, *La máscara del mando*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1991, pag. 321

comunidad a que pertenece, haciendo abstracción de su presente y futuro individual.

Pero el combatiente es un hombre. Factores como su calidad humana, espiritual; su preparación técnica; sus instintos y grado de control que ejerce sobre ellos; inciden en su moral de combate y por ende, en su comportamiento.

Gosálbez Celdrán¹¹ agrupa los factores que intervienen en la moral de combate individual en varios apartados: Educación y experiencia individuales. Expectativas y sentimientos. Estado del medio y condiciones. Vínculos de mando y compañeros. Información y propaganda.

Es una clasificación tan válida como otra, porque de lo que se trata es de reordenar los factores reconocidos de la moral de combate con mejor o peor acierto. El problema es de peso, medida y entraña de cada uno de ellos, agravado por la ambivalencia de algunos. Es evidente que el valor es un factor positivo y el miedo, negativo. El sueño sólo interviene como carencia. El mando puede ser positivo o negativo igual que la instrucción, en función de su calidad.

La moral puede contemplarse como un sistema planetario. Cuerpos importantes de éste son: el Mando, la calidad de las tropas, la situación personal y material, la legitimidad de la acción. En torno a ellos giran con distinta fuerza pero con mutua relación e influencia, factores como el valor, el miedo, el sentido del honor, la confianza en el mando, la cohesión, la instrucción. Hay factores que, con magnitud variable, se reconocen en todas las épocas. Unos ya desaparecieron (el enriquecimiento personal, el botín), otros conocen hoy su mayor pujanza (legitimidad de la acción).

La **calidad humana**. Entendida como el conjunto de cualidades o virtudes que adornan a la persona. Atributos con los que, llegado el caso, la

idea del sacrificio necesario viene de modo natural traída de la mano del sentido de responsabilidad.

El sentido trascendente de la vida es consustancial con la naturaleza humana. La educación en los valores cristianos, propios de nuestra cultura occidental, es la base sobre la que se edifica una conciencia ciudadana que puede llegar a exigirnos el tomar las armas y hacer de ellas un empleo correcto.

Naturalmente que es compatible ser un buen ciudadano sin necesidad de ésa base religiosa. La ventaja del creyente es que, para él, la muerte no es el final y esto le facilita el desapego necesario para asumir fielmente la idea del sacrificio. Aunque el caso es extremo, en la mente de todos están las formaciones de jóvenes “mártires” que combatieron en la guerra de Iran-Irak.

La educación recibida, junto con las experiencias individuales de éxitos y fracasos en aspiraciones personales, son la base de la confianza en sí mismo y conforman la predisposición individual para la moral de combate. Pero ésta correlación ciudadano-combatiente ejemplar no es matemática, hay modelos de virtud que se derrumban bajo la presión del combate mientras que sujetos calificables de antisociales demuestran destreza y entrega generosa.

El **patriotismo**. El amor a la Patria es un sentimiento y es una convicción íntima, que mueve a servirla. Piedra angular de la moral de combate. Se percibe en varios niveles, el afectivo, más localista o regional, hacia la tierra y sus paisajes, las gentes y su carácter, su modo de entender la vida, todo hace que uno se sienta ligado a su tierra. El racional, mas objetivo, mas en el plano político, de ámbito ya nacional con vocación de proyección exterior, reconoce a España como patria común de todos los españoles, unidad

¹¹ Gosalbez Celdrán, Alfredo, *Estrategias para la acción psicológica*, (EME), Madrid, 1984, pag.301

de destino, sedimento de nuestro patrimonio histórico, motivo de nuestros afanes presentes y objeto de nuestras esperanzas de futuro.

En España el patriotismo siempre ha girado entre los extremos del calor extremo o el frío intenso, quizás sea por la prolongada ausencia de conflictos externos. Cualquiera que ponga la palabra “Patria” en su conversación es observado con interés por ver hacia qué extremo se decanta. Existe pudor, desconocimiento y despego. El respeto público por sus símbolos, cuando existe, parece vergonzante. A veces ni se reconoce el himno nacional, menos cabe esperar que se adopte la actitud correcta. El patriotismo es para tiempos difíciles, así parecemos haberlo entendido siempre los españoles. Pero sería necesario también para el día a día porque sirve para orientar las conductas públicas y privadas, haciendo innecesarios ciertos correctivos de éstas.

Pero la existencia del patriotismo es un hecho, un potentísimo motor capaz de mover voluntades en tiempo de crisis, aunque permanezca adormecido en la vida ordinaria.

En Polonia reverdece con todo su esplendor, el águila de su Ejército ha recuperado la corona, vuelve el clero castrense, se propagan las tradiciones nacionales...

No hay que avergonzarse de pronunciar la palabra Patria, ni de mostrar público respeto a sus símbolos. Este testimonio público es importante, ejerce un influjo saludable en los menores, sirve de recuerdo a los demás.

El Presidente de la República Italiana, Francesco Cossiga, lo explicó así a los alumnos de las Academias y Fuerzas expedicionarias italianas, que regresaban de misión: *“Se bien que hace mucho que no sentimos resonar estas palabras en discursos y escritos. Pero ahora sabemos cada vez mas que*

democracia, libertad, igualdad, progreso corren el riesgo de no existir si no tienen el fuerte anclaje de historia, sentimientos y honor que es la nación y la Patria". "Cuando os asalte la duda, tan humana, de si vale la pena... responder con serenidad: ¡sí, la vale!"¹²

El **honor**. Cualidad moral que nos lleva al cumplimiento de nuestros deberes respecto del prójimo y de nosotros mismos. Gloria o buena reputación que sigue a la virtud, al mérito o a las acciones heroicas, la cual trasciende a las familias, personas y acciones mismas del que se la granjea.¹³ Ambas acepciones son válidas como factor de la moral de combate. La primera porque, de por sí, la exigente conciencia de los deberes profesionales, impulsa a su cumplimiento. *"Es el convencimiento práctico de la propia dignidad"*¹⁴. La segunda, consecuencia lógica de la actuación precedente, o por el reconocimiento público que conlleva, constituye una poderosa motivación. En ésta existe un fuerte componente gremial, colegial, corporativista, un grado de identificación en los valores y en los objetivos suficiente como para sentir que las actuaciones individuales de sus miembros afectan a su sociedad en su percepción ética de conjunto. Muestra extrema de esto fueron los tribunales de honor en la administración civil y militar, hoy suprimidos por la vigente Constitución.

Pero el sentir popular asocia el honor con la milicia: "honor militar". Una razón es que el concepto del honor va íntimamente asociado con el de grupo. El individuo se mira a sí mismo, actúa conforme al dictado de su conciencia, pero también teniendo muy presente la imagen corporativista del grupo al que pertenece y con cuyos principios y afanes se siente identificado. Por esto las

¹² *Per una Forza Armata al Servizio della Libertá, della Giustizia, della Paze*, Rivista Militaire. Julio-Agosto 1991.

¹³ Diccionario RAE

conductas privadas dehonrosas inciden en el grupo y así es percibido tanto por los a él pertenecientes, como por los ajenos.

*“El honor es la principal divisa del Guardia Civil. Debe conservarse limpio, una vez perdido no se recupera jamás”.*¹⁵

El gran valor del sentido del honor, a los efectos de la moral de combate, es que induce al cumplimiento del deber por propia iniciativa, incluso a través del sacrificio.

Otras motivaciones. También existen opiniones, con experiencia de combate, que bajan el nivel moral de las motivaciones de los combatientes. Subrayaremos que proceden del mundo anglosajón, y que son extrañas a nuestra tradición. Niegan que el patriotismo sea la motivación esencial¹⁶ porque su comprensión requiere un mínimo de elaboración mental que a veces escapa de sus posibilidades, o simplemente, no les interesa. Al combatiente se le ha impuesto una situación que ha de aceptar. Tiene una tarea que ejecutar y a veces encuentra en ello una aventura atractiva. También descubren valores para ellos nuevos, que estaban ocultos en las duras relaciones de la sociedad convencional, tales como el compañerismo. Se crean lazos de hermandad a la sombra del peligro. Nacen obligaciones, sentidas como recíprocas, entre los miembros de la Unidad. Se adquiere confianza en sí mismo, autoestima, orgullo de sentirse uno más en una colectividad cuyas virtudes y defectos se sienten como propias y cuya opinión importa. El proceso llega a invertirse y sobre esa base de camaradería y espíritu de cuerpo, puede llegar a crecer el idealismo y un patriotismo firmemente sentido.

¹⁴ Alaiz Miranda, Carlos, *El hombre militar. Rasgos morales de un oficio*, León, 1977, pág.36.

¹⁵ De la Cartilla del Guardia Civil.

¹⁶ Fisher, Mike, *Why men fight. A Rebuttal*, Infantry, Enero-Febrero 91.

El **valor**, cualidad del ánimo que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar los peligros¹⁷, es una virtud objetiva y componente básico de la moral de combate. Su reverso es la cobardía, falta de ánimo o valor¹⁸.

Para Santo Tomás de Aquino, el valor consistía en *“la firmeza de espíritu en el cumplimiento del deber”*. Este valor/virtud hacía a un hombre intrépido ante el peligro, con un factor corrector, el no ser imprudente ni temerario. En el pensamiento medieval, el valor es una virtud aristocrática, ligada a la nobleza. Tiene su punto de equilibrio entre la audacia y la timidez. Se estima el valor consciente firmemente arraigado en el sentido del deber, más que el movido por la ambición personal, el interés o el puramente físico. Estaba mal visto arriesgar la vida por mero afán de gloria personal o imprudencia. Es claro que se valora el móvil y el equilibrio.

*“Esa cualidad misteriosa a la que nosotros llamamos valor es fuerza de voluntad, autosacrificio, llamémosle cualquier cosa, es aquello que inspira a los hombres a no retroceder cuando sus entrañas le aconsejan que ponga tierra de por medio”*¹⁹

Clausewitz opinaba que valor y miedo son sentimientos que persiguen, el primero la conservación moral, el segundo, la física.

Desde el punto de vista técnico militar, el valor es el “miedo controlado”. Es el instrumento que el combatiente utiliza para forcejear contra su instinto natural de conservación. En cierto modo, es fungible. Sufre desgaste con el uso y por tanto necesita repararse porque es difícil mantener una tensión emocional continua durante largos o intensos períodos de tiempo sin sufrir quiebra. Esto

¹⁷ Diccionario RAE

¹⁸ Diccionario RAE

se advierte con claridad en los relatos de experiencias personales, llega un momento en que el combatiente siente que “él ya ha cumplido su parte”, que ha llegado el momento de pasar el testigo, que continuar es tentar a la suerte.²⁰

El valor puede entrenarse en paz mediante ejercicios y maniobras lo mas realistas posibles, en guerra mediante la sabia gradación del empleo de las Unidades en función de su bisoñez, aumentando paulatinamente la dificultad y dureza de las misiones encomendadas, de modo que el combatiente siempre encuentre algo nuevo, más difícil, más duro, pero no tanto como para sentirse incapaz de superarlo con éxito. Reviste gran importancia la instrucción para el combate cuerpo a cuerpo que, por la autoconfianza que genera, contribuye decisivamente al dominio del miedo.

El valor puede ser físico, ante el peligro personal; o moral, frente a la responsabilidad. El físico es en gran parte innato, manifestado en la indiferencia ante el peligro, también puede ser producto de una actitud temperamental en un momento dado; pero lo más importante es que la costumbre cuenta mucho, el hábito de verse en situaciones parecidas destruye la incertidumbre, el miedo a lo desconocido. Pero el valor físico también puede tener sus raíces en la convicción personal, en la responsabilidad, que empuja a hacer aquello para lo que uno, objetivamente, no se sentiría capacitado. Se trata de asumir la necesidad de superar el miedo como obstáculo que se opone al cumplimiento del deber. Especialmente importante es la creencia firme en la bondad de su causa y la voluntad de imponerse al adversario. Ambos elementos permitirán aumentar el grado de control sobre el instinto de conservación, de modo que explotando al máximo su preparación técnica, el

¹⁹ Lord Moran, *Anatomy of Courage*.

²⁰ General Barry R. McCaffrey, *Cartas de Vietnam*, Military Review. Marzo-Abril 1998.

peligro se olvide y se centre la atención en neutralizar al enemigo más que en la autoprotección, porque quien está pendiente de su seguridad, rehuye el peligro y cae en la cobardía, no tiene moral de combate.

El valor moral puede perfeccionarse en la vida diaria y en el ejercicio del mando. En tiempo de paz el entrenamiento del valor se centra en la educación del valor físico, fundamental para el combatiente, del que se consiguen resultados apreciables. En cambio no se presta la misma atención al entrenamiento o la educación en el valor moral, importante para todo combatiente, pero fundamental para quien ejerce mando. Esto es una grave disfunción, quizás favorecida por las difíciles relaciones que de hecho se establecen como consecuencia del cotidiano conflicto entre lo que exigen los reglamentos y lo que es conveniente y coyuntural.

El valor heroico y el pánico son manifestaciones extremas. Y entre ambos existen zonas grises: temor, miedo, estrés.

El temor es el recelo de un daño futuro²¹, puede degenerar en el **miedo**, que se define como la perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario, que hace huir o rehusar las cosas que se consideran dañosas, arriesgadas o peligrosas.

Si la base del valor es el sentido del deber, la del miedo es la falta de confianza (en el auxilio divino, dice la Sagrada Escritura).

Las manifestaciones de valor físico o moral son reconocibles conforme a ciertos modelos comúnmente aceptados, como los requisitos para concesión de condecoraciones por hechos de guerra, en cambio es más difícil opinar sobre el miedo. *“El miedo es libre”*, en cantidad y calidad. Quien lo sufre trata de dominarlo, o al menos, de ocultarlo a los demás. Pero aunque lo consiga, su

acción corrosiva no se detiene, manifestándose a la larga en formas como el estrés o fatiga de combate.

*“En la guerra tiene todo el mundo miedo al choque, a la lucha brutal y a muerte, precisamente a muerte”.*²²

El Coronel Ardant du Picq –muerto en acción en 1870-, decía que *“con las armas modernas, de acción tan terrible y abrumadora sobre el sistema nervioso, ¿quién puede decir que no siente miedo en el combate?”*.²³ Y es que no hay combate sin peligro, es su elemento natural, y asociado a éste, el miedo, que se apoya en la confusión, la conjetura, lo desconocido. Por eso se manifiesta especialmente antes del combate y deja su resaca después en forma de agitación nerviosa o pesadillas. Durante el combate queda poco espacio para otra cosa que no sea la práctica mecánica y absorbente de lo aprendido, disparar, saltar, cubrirse, controlar los propios, observar al enemigo, coordinar fuego y movimiento,... todo en un ambiente confuso por el ruido, el humo, las explosiones, muertos y heridos, que no da lugar a pensar y en el que sólo se vive el instante.

Cada combatiente tiene su “tasa de miedo” que, una vez alcanzada, le hace rehuir el combate. Por esto, en su instrucción hay que actuar en dos frentes, para alejar el límite de la tasa y para retardar el momento de llegar a ella.

Además, es contagioso. Aunque inicialmente sólo pueda afectar a quienes sufren directamente la acción enemiga, el rumor, la sensación desmoralizante de la superioridad enemiga, alimentados por la propaganda, pueden acabar contagiando al resto de las fuerzas creando una situación de

²¹ Diccionario RAE

miedo colectivo y pánico que si no degenera en desbandada sí entibia las acciones de combate en espera de una ocasión propicia para rendirse. No obstante ejemplos históricos hay de Unidades que han mantenido su moral de combate intacta aún en éstas situaciones, en España, la heroica actuación de los escuadrones de Alcántara al mando del Teniente Coronel Primo de Rivera, durante la retirada de Annual en 1921.

También es cierto que es más fácil disimular el miedo en una Unidad mínimamente cohesionada, porque nadie quiere que los demás se den cuenta, y se procura aparentar no tenerlo. Los camaradas y los suboficiales y oficiales subalternos, por su inmediatez, juegan un papel muy importante en el control del miedo y en la resolución de crisis.

El componente espiritual más importante es la lucha entre la razón y el instinto, el deber y el querer. En ésta pugna, el miedo llega a anular la voluntad y cualquier otro impedimento racional.

La gradación del miedo tiene incluso sus expresiones en el lenguaje ordinario, que no por soeces, dejan de marcar gráficamente los puntos de la escala.

La fisiología del miedo, su componente animal, ha sido descrita. La secreción de adrenalina desencadena una serie de síntomas. Pupilas dilatadas, mirada fija (“ojos redondos”). Se erizan los cabellos y el vello (“pelos de punta”). Aumenta la velocidad y capacidad de coagulación de la sangre; el pecho se ensancha y admite más aire (“se hinchan las narices”). La respiración se agita, el ritmo cardíaco aumenta y la tensión sube. Los músculos se contraen y tiemblan (“temblar como una hoja”) y la garganta se contrae

²² Casas de la Vega, Rafael, *Brunete*, Luis de Caralt S.A., Barcelona, 1976, pág.228. Opinión de un Suboficial de la IV de Navarra, esperando en la base de partida, frente al Vértice Llanos.

(“quedarse sin voz”). Los vasos sanguíneos superficiales se contraen, provocando palidez (“blanco de miedo”). Los esfínteres se relajan (“mearse o cagarse de miedo”), con el consiguiente esfuerzo voluntario para controlarlos (“apretar el culo”). Boca seca, sin saliva. Sudor en manos y axilas.

La suma de miedos individuales de los componentes de una Unidad tiene un efecto sinérgico, degenera en **pánico** colectivo y de ahí se pasa a la desbandada. Así, el ejército italiano en Caporetto, noviembre 1917.

El pánico es el miedo grave o temor intenso. Un acceso de pánico es un ataque de ansiedad explosivo asociado con un periodo discreto de aprensión o temor, y según los criterios de la American Psychiatric Association, acompañado por lo menos de cuatro de los siguientes síntomas: disnea e hiperventilación, palpitaciones, dolor torácico, ahogos o sensación de asfixia, mareos, sensación de irrealidad, hormigueos, oleadas de calor o de frío, sudor, desmayo, temblores, temor a morir o a enloquecer. Puede mostrar temblores, inquietud, voz temblorosa, mirada de espanto, taquipnea, sollozos, suspiros frecuentes, rubor o palidez, midriasis, manos en garra, o palmas sudorosas.²⁴

La **confianza en sí mismo**. Merece la pena transcribir ésta larga cita de un viejo combatiente, Bernal Díaz del Castillo, que participó en la conquista de Méjico con Cortés, además de en los dos intentos anteriores y en otras de su tiempo; que hace un paréntesis en su relato y rememora así su experiencia personal de combate:

“Agora que estoy fuera de los combates y recias batallas que con los mejicanos teníamos de día y de noche, por lo cual doy muchas gracias a Dios

²³ Ardant du Picq, Charles, *Estudios sobre el combate*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1988, pág. 103.

²⁴ Willis Hurt, J., *Medicina Interna. Tratado para la práctica médica*, Editorial médica panamericana S.A., Madrid, 1984, pág 24.

que dellas me libró, quiero contar una cosa que me acontecía despues que ví sacrificar y abrir por los pechos los sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los de Cortés, y ofrecelles los corazones a los ídolos, y esto que agora diré parecerá algunas personas ques por falta de no tener muy gran ánimo para guerrear, y por otra parte, y si bien se considera, es por el demasiado atrevimiento y gran ánimo en que aquellos días había de poner mi persona en lo mas recio de las batallas, porque en aquella sazón presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación, cosa era que había de hacer lo que los mas osados soldados eran obligados, y como cada día vía llevar a sacrificar mis compañeros ya había visto cómo les aserraban por los pechos y sacalles los corazones bullendo, y cortalles pies y brazos, y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, e de antes habían muerto diez de los nuestros compañeros, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para me llevar a sacrificar, y quiso Dios que me escapé de su poder, y acordándome de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que cantarillo que muchas veces va la fuente, etcétera, y a éste efeto siempre desde entonces temí la muerte mas que nunca; y esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y ayunaba[♦] una vez o dos, y encomendándome a Dios y a su Bendita Madre y entrar en las batallas todo era uno, y luego se me quitaba aquel pavor; y también quiero decir qué cosa tan nueva os parecerá agora tener yo aquel temor no acostumbrado, habiéndome hallado en muchas batallas y reencuentros muy peligrosos de guerra y había destar cortido el

[♦] Orinaba.

*corazón y esfuerzo y ánimo en mi persona, agora a la postre mas arraigado que nunca,....*²⁵

Así se sentía al finalizar los setenta y cinco días de combate ininterrumpidos que duró la reconquista de Tenochtitlán (Ciudad de Méjico), terminada el martes 13 de Agosto de 1521, festividad de San Hipólito. En su relato se reconocen factores eternos de la moral de combate individual, la afectación del ánimo por la visión del horror, el sentido del honor, el deber, la sensación de “haber cumplido”, la presencia del miedo antes de la acción y sus manifestaciones físicas.

El **mando**. Mandar no es un privilegio, es un honor y es una carga.

En la prosa de nuestro antiguo Reglamento para el Régimen Interior, mandar es resolver con calma y ejecutar sin titubeos.

Por muy evolucionada que esté una sociedad en cuanto al desarrollo de sus instituciones democráticas, cuando se toca a rebato, hay que poner una cara al frente. Nombrado conforme al procedimiento constitucionalmente previsto, el mando necesita encarnarse en una persona física. Alguien a quien volverse, a quien oír, a quien escrutar buscando el reflejo de la situación, un ejemplo a seguir, un piloto firme y experimentado que mantenga la calma en el centro de la tormenta, con visión panorámica y capacidad de discernir.

Es indudable que la guerra se ha tecnificado, los medios de destrucción son de un poder aterrador, la sensación de impotencia ante ellos se ha acentuado, el combatiente necesita cada vez mayores y mas especializados conocimientos técnicos. Por otra parte, la mayor dispersión, el aislamiento y la soledad en que habrá de decidir, le privará del estímulo de sus compañeros y su Jefe. Razones éstas que avalan la importancia, hoy más que nunca de una

²⁵ Díaz del Castillo, B., *op. cit.*, pág. 391.

sólida moral de combate, porque la cuestión de fondo, la autoexigencia de combatir al enemigo por encima de todo y la aceptación del sacrificio, no ha variado.

En ésta doble vertiente de la moral de combate, el papel del Jefe es vital. En las horas difíciles, el combatiente vuelve sus ojos a él esperando un gesto, una actitud, una palabra. Esto exige en el Jefe un plus de moral, de modo que cuando la de sus subordinados haya tocado fondo, él cuente con la suficiente reserva para por el ejemplo o la actuación decidida y convincente reponer la de ellos. Esto exige en el Jefe más pasión, mas convicción, más solidez de planteamientos que sus hombres, para vigilar las manifestaciones de la moral y así excitarla o corregir sus desviaciones.

En los ejércitos de la Antigüedad era práctica común arengar a las tropas antes de entrar en combate. Entre los romanos, era un deber inexcusable del general, sólo exceptuado por causa de fuerza mayor. César se dirigía a sus soldados con breves, directas y enérgicas arengas en las que buscaba el acicate para su espíritu militar; llegaba incluso a exagerar la temible fama del enemigo hasta la mentira de modo que sus oyentes sólo veían la alternativa del duro castigo o la ciega confianza en él.²⁶

Hay muestras sobradas del mantenimiento de éste hábito en España.

No obstante, ya en el siglo XIX, el Comandante Villamartín opinaba que... *“de todas las tropas, la nuestra es la menos sensible a la elocuencia militar; no quiere otra elocuencia que la de los hechos”*.²⁷

²⁶ Suetonio, Cayo, *Los doce Césares*, Ed.Orbis S.A., Barcelona, 1985, pág.46.

²⁷ D.Francisco Villamartín, *Nociones del arte militar*, Ministerio de Defensa, Madrid,1989, pag.125.

Aunque no deba prodigarse, el Jefe debe dirigirse directamente a los combatientes en ciertas ocasiones escogidas y siguiendo un guión preparado, aún sin ésta apariencia. Hay momentos en que debe dejarse ver en el campo, compartir algo del sufrimiento de sus soldados, hablarles, hacerles participar de sus esperanzas mas que de sus inquietudes, espolear su espíritu, especialmente en aquellas circunstancias, lugares, o misiones donde las condiciones sean mas duras. César y Alejandro Magno eran maestros en esto. En tiempos modernos, Montgomery.

Montecuccoli, señalaba cuatro argumentos para fortalecer la moral de las tropas en las arengas: la necesidad de combatir como único medio de salvar la situación, (no hay mas camino que vencer o morir); el temor a la infamia de la cobardía; el deseo de riquezas y prestigio; exhibir la confianza del mando, por su actitud, su expresión, sus palabras, su aspecto.²⁸

En opinión de John Keegan, el ejercicio del mando es muy sencillo, en el fondo, *“se centra en el reconocimiento de que no se debe dejar sentir que mueren solos a aquellos a quienes se pide que mueran”*²⁹.

Si hubiera que definir el ejercicio del mando con una sola palabra, ésta sería soledad. Necesaria, autoimpuesta. El Jefe debe distanciarse de sus subordinados lo bastante para evitar implicarse emocionalmente en las consecuencias de sus órdenes hasta el punto que lleguen a afectar su objetividad, pero no tanto como para que los combatientes lo sientan como algo extraño a ellos. Debe rodearse de cierto misterio en cuanto a la concepción de sus decisiones. Debe fomentar la confianza en la bondad de éstas mediante los resultados y mediante cierta proximidad a las inquietudes

²⁸Keegan,J., *op. cit.*, págs. 305-306.

²⁹Keegan,J., *op. cit.*, pág. 301.

del combatiente. El empeño en razonar y desmenuzar ante sus subordinados el porqué o la génesis de sus decisiones le abocará a tener que imponerlas por la convicción (deseable pero no siempre posible) o por el régimen disciplinario si falla aquella, circunstancia **que** en éste punto es perjudicial porque merma la confianza en la bondad u oportunidad de lo ordenado. Tiene que haber **contacto**, pero ha de mantener el necesario grado de independencia.

También debe reprimir sus intervenciones en la esfera de sus subordinados porque incomoda a éstos, puede revocar sin saberlo órdenes o instrucciones anteriores más ajustadas a la realidad, provoca confusión en la tropa por sensación de desorden y frecuentemente se equivocará por desconocimiento del detalle. Al final provocará el disgusto de sus subordinados, desatenderá sus funciones específicas y conseguirá mermar su credibilidad, la confianza en el mando.

La calidad humana y competencia profesional de su círculo inmediato, los **auxiliares** del mando, es de suma importancia. Es la membrana osmótica. Leales y competentes con el Jefe, respetados y considerados como de los suyos por los combatientes. El planeamiento es importante, la conducción de las operaciones y ejecución también, pero el planear y conducir sin enlace moral con las tropas, aboca al fracaso.

Cuestión importante es la de los **medios para ejercer el mando**. Sería ingenuo suponer que con sólo palabras se puedan llevar los hombres al combate, y mantenerlos. Es preciso algo más, una amenaza conocida por todos, y sabiamente administrada, que alcance a quienes cejen en el cumplimiento de su deber. En suma, un régimen disciplinario, unas leyes penales militares. Pero el uso de ésta coerción ha de ser individualizado, que

no suponga una amenaza general; justificado, sin visos de arbitrariedad; no prodigarse, para no mermar el beneficio de la ejemplaridad. El Jefe no es ni puede aparecer como enemigo de sus subordinados. El combatiente no puede sentirse cogido entre dos fuegos, su propio Mando y la acción enemiga, porque puede optar por la tercera vía, la deserción.

La acción coercitiva del Mando ha de tener muy presente cuál es la calidad de su tropa. En las sociedades democráticas, con reclutamiento voluntario y soldados-ciudadanos, tiene una repercusión importante en el volumen de reclutamiento y en la imagen de las fuerzas armadas, aparte de condicionantes legales.

La otra cara de la moneda es el **sistema de recompensas**. Pasados los tiempos en que se premiaban las acciones meritorias en combate con prebendas personales, dinero, tierras, ascenso en la escala social; hoy sólo se pretende expresar mediante signos visibles la estima y el reconocimiento de la sociedad. Los procedimientos y circunstancias de concesión están perfectamente regulados y son un importante instrumento de gestión en manos del Mando, con repercusión en la moral de combate, aunque puede tener cierta ambivalencia en sus efectos, porque una recompensa concedida injustamente o a persona a quien la opinión común señala no merecerla, produce un efecto negativo en la moral individual y colectiva, devaluando además las justamente concedidas.

La esencia del mando es la acción, y para que ésta tenga bases firmes, sin ignorancia ni temeridad, ha de basarse en el conocimiento en tiempo real de la situación. Esta necesidad puede aconsejar, en ocasiones puntuales, la **presencia** del mando en el lugar y momento crítico de una acción; con dos

efectos, uno, el hacerse con una idea exacta y de primera mano de la situación real; otro, permitirle hacerse ver por la tropa, la presencia personal, predicar con el ejemplo.

El **ejemplo**. El que impone un riesgo debe estar dispuesto a compartirlo. Es la base moral de una orden.

La posibilidad de mandar desde seguro, desde retaguardia, ha existido siempre pero por razones obvias de liderazgo personal, de corte heroico, hasta bien entrada la edad moderna, era impensable. Todavía Fernando el Católico intervenía personalmente en los combates. Pero las consecuencias de ésta actitud comenzaron a mostrarse gravosas para el futuro de los pueblos (pérdida del Rey D. Sebastián en Alcazalquivir). El extremo contrario fue el contra-ejemplo de los “generales de castillo” de la Primera Guerra Mundial, con el distanciamiento de la sangrante realidad de las trincheras, traducido en planes de operaciones ineficaces y costosísimos en vidas que dieron lugar a los motines de 1917 cuando casi la mitad de los efectivos depuso las armas negándose a combatir hasta que no se atendiesen sus mínimas, y a los ojos actuales bastante justificadas, reivindicaciones. En circunstancias parecidas, el ejército ruso abandonó el frente en octubre de ése mismo año, propiciando el desencadenamiento de la revolución bolchevique.

En la práctica, el combatiente recibe las órdenes que implican jugarse la vida, de quien está en su misma circunstancia, su inmediato superior. Esto es un importante factor corrector de lo que puede exigirse y recalca la importancia del ejemplo en quien lo exige.

Nuestros reglamentos, al precisar el puesto en combate del Mando, recurren al eufemístico “donde mejor pueda ejercer su acción de mando”, y

éste lugar estará normalmente en su PC o CG[♦]. pero también, a veces, en primera línea, compartiendo riesgos. Desde el punto de vista de la moral de combate y en aras de la eficacia, éstas ocasiones deben prodigarse poco y explotarse mucho, para que el Mando pueda dedicarse a su labor de conjunto, con un mínimo de comodidad y distanciamiento del peligro. Es necesario un sensato equilibrio entre ambas actitudes.

La **cohesión militar**, también llamada espíritu de cuerpo. Ha sido definida como *la unión íntima de los miembros de una organización/unidad, de forma tal que mantenga su voluntad y compromiso entre sí, con su Unidad, y con la misión*³⁰. Es la fuerza de atracción que mantiene unidos a los miembros de una Unidad. Radica en un conjunto de creencias y necesidades mutuas que hace decaer la individualidad en beneficio de la actuación conjunta; evita que el combatiente se sienta aislado frente a los peligros y la tensión del combate.

Se ha generalizado la creencia de que la guerra moderna se medirá en semanas y días mas que en años o meses, merced a la alta tecnología del armamento. Esta idea resta consideración al valor de la cohesión de las Unidades, quizás porque se asocia cohesión con Unidades importantes en número y tamaño. El campo de batalla futuro, extenso, vacío, con armas de alta letalidad, acciones profundas, operaciones aeroterrestres,... parece abonar ésta teoría. Las Unidades serán pequeñas, actuarán aisladas y con buen grado de autosuficiencia. Este es el punto de apoyo para avanzar la opinión de que, precisamente por éstas circunstancias, la cohesión será más importante que nunca, pero también más difícil de conseguir. La calidad del mando, las

[♦] Puesto de Mando o Cuartel General.

³⁰ John H. Johns, *La cohesión en la milicia estadounidense*, NDUP, 1984, pág.9. Citado por WM.Darryl H., *op. cit.*, pág.16.

cualidades personales de la tropa y su nivel de instrucción serán los ingredientes de esa argamasa que es la cohesión.

Cabe pensar pues, que la cohesión actual nacerá de abajo arriba, del individuo a la Unidad. Es fundamental la motivación de los soldados, a mas inteligentes o formados, más exigentes serán en éste sentido, pero también cabe esperar mayor solidez. Recurrir hoy día al patriotismo como factor de cohesión impuesto, de arriba abajo, tiene poca fuerza argumental, pero es muy posible que se manifieste, como un descubrimiento, en pequeñas Unidades ya cohesionadas.

Actualmente, es difícil controlar al soldado en combate, mucho menos pretender conducirlo con órdenes taxativas. Necesariamente ha de desarrollar su iniciativa personal, afrontando los peligros en la confianza recíproca del grupo, actuando conforme a procedimientos operativos establecidos en orden al cumplimiento de la misión. La cohesión vuelve a revelarse necesaria. Su grado es inversamente proporcional al tamaño de la Unidad. Sus manifestaciones netas habrá que buscarlas en unidades que reúnan un mínimo de organización, un grupo pequeño de combatientes y un mando próximo; es decir, inferiores a Compañía.

En la guerra árabe-israelí de 1973, las batallas de carros se resolvieron con enfrentamientos entre pequeñas Unidades, en los que la iniciativa y la cohesión de éstas decidían el resultado. Además, en éste conflicto y en el posterior del Líbano, la cohesión de las pequeñas Unidades, por el efecto de atracción (estar en "casa") que ejercía sobre sus miembros, tuvo un papel importante en el tratamiento de las bajas por fatiga de combate.³¹

³¹ Coronel W.M. Darryl Henderson, *La cohesión: El elemento humano en el combate*, CESEDEN, Madrid, 1983, pág. 6.

*“De pronto me invade un calor extraordinario. Estas voces, estas pocas palabras murmuradas a mi espalda, estos pasos en la trinchera que está detrás de mí, me arrancan del angustioso aislamiento, del terror a la muerte en el que iba, casi, a abandonarme. Son mucho más que mi vida, estas voces; son mucho más que el amor de una madre y que el miedo; son lo más fuerte y lo más eficaz para protegeros que existe en el mundo; son las voces de los camaradas”.*³²

Un soldado alemán de la Segunda Guerra Mundial: *“ La compañía es la única comunidad que existe verdaderamente. Esta comunidad no deja tiempo ni sosiego para una vida íntima. Nos fuerza a entrar en su círculo, ya que la vida está en juego. Obviamente hay que comprometerse y abandonar las pretensiones. Por lo tanto, la idea de combatir, vivir y morir por la patria no es sino un concepto relativamente distante. Por lo menos no desempeña un papel importante en la motivación práctica del individuo”.*³³

En las Malvinas, la cohesión de las Unidades fue un factor que jugó claramente a favor de los británicos, y quizás decidió el conflicto.

Así, la moral de combate de una Unidad es algo más que la suma de las morales de combate individuales porque cuando consideramos al combatiente encuadrado en una Unidad, a los factores reseñados hay que añadir la acción del Jefe y la influencia de los compañeros. Ambos pueden reforzar la moral de combate individual, pero también minarla o incluso anularla. El impulso dado por el Jefe, la imitación de su ejemplo, la emulación de sus compañeros, el prestigio ganado entre iguales, se traducen en una triple confianza, en sí

³² Remarque, Erich María, *Sin novedad en el frente*, Ed.Bruguera S.A., Barcelona, 1967, pág.164.

³³ Edward A. Shils y Morris Janowitz, *La cohesión y la desintegración de la Wehrmacht en la II GM*, POQ 12, 1948, pág.281. Citado por Wm. Darryl H. *Op. cit.*, pág.17.

mismo, en los compañeros, y en el Jefe, que es básica para la moral de combate de la Unidades.

La **legitimidad de la acción**, es hoy una cuestión fundamental. En el mundo occidental, el agresor tiene mala prensa y peor si su acción se considera contra derecho.

Para Francisco de Vitoria (1492-1546), las únicas causas de guerra justa son la legítima defensa, la violación de un derecho o la tutela de determinados derechos fundamentales.

Según Clausewitz, *“la guerra no es sino una parte del comercio político y no es, por sí misma, una cosa independiente”*. No es un arte, es un comercio a gran escala, un conflicto de grandes intereses con una solución sangrienta. Así, la guerra, justa o no, es la constatación del fracaso en la resolución de un conflicto de intereses entre Estados o en el seno de un Estado. Supone la fractura de los usos que rigen en la sociedad civilizada, y siempre tiene un fondo amoral, un fondo de mentira, en cuanto a los medios a emplear: propaganda, manipulación informativa, acción psicológica, de ahí la importancia de cuidar el sostenimiento de la moral por muy sólidos que sean sus fundamentos iniciales; de ahí la importancia de que el combatiente esté convencido de tener razón suficiente para justificar su intervención.

El General D. Vicente Rojo³⁴, pensaba que el combatiente individual y el Ejército siempre van a la lucha con moral de combate, cuya calidad influye directamente en el desarrollo del conflicto y en la ejecución de las operaciones. Esta moral de guerra tiene un punto de apoyo: la justicia de la causa, y un estimulante: la pasión colectiva e individual. Sin el primero, la moral será frágil, le afectarán los reveses; sin el segundo, se acepta el deber cívico de combatir,

pero se rehuye el sacrificio. Es decir, la clave de la existencia y la solidez de la moral de combate es la fé en la justicia de la causa por la que se lucha. El número, la tecnología, los recursos, son elementos que pueden reforzarla, pero no construirla por sí solos.

Actualmente, la fuerza de éste factor de legitimidad es tal que condiciona el planeamiento de las operaciones militares, prefiriendo ser agredidos aunque suponga bajas y pérdida de potencia de combate a cambio de poder reaccionar bajo el argumento incontestable de acción legítima como víctimas de agresión injusta. En el “comercio político” de hoy se evita la agresión, todas las previsiones están enfocadas a la respuesta. En cualquier caso, de producirse una intervención, se cuida mucho la campaña previa necesaria para convencer a la comunidad internacional de lo justificado de la acción para evitar males mayores (intervenciones en Panamá, isla de Granada, Haití).

Ligados a la legitimidad de la causa, pueden surgir **conflictos morales**, propiciados por las características propias de la institución militar tales como la estructura jerárquica, racionalidad, necesidad de compromiso entre los valores individuales y los específicos del servicio militar. Puede ser significativo el resultado de una encuesta reciente a un grupo de jóvenes oficiales europeos ³⁵ a los que se preguntó cuáles son los valores que influyen la actitud del soldado profesional frente a una alternativa de orden moral en caso de conflicto. La gran mayoría respondió que el derecho a la vida es el valor supremo. Pero también afirman que, en caso de amenaza exterior, estarían dispuestos a arriesgar su vida para defender su familia, su patria y su dignidad personal, por ése orden. Se sienten con derecho a arriesgar, además de la propia, la vida de

³⁴ Rojo, Vicente, *Elementos del arte de la guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1988, págs. 141-150.

³⁵ *Revue Militaire Suisse*. nº2.1999

sus soldados para obtener la victoria en el combate. Creen que la guerra es una situación extrema que revoluciona la escala de valores de tiempo de paz, remarcando la diferencia entre las exigencias colectivas y las individuales. Todos coincidieron en que las decisiones en tiempo de guerra o crisis deben sustentarse en la conciencia y la moral.

Información y propaganda se interrelacionan. A mayor cantidad y calidad de la primera, menor efecto de la segunda.

Decía el General Westmoreland que, en Vietnam, la prensa y la televisión crearon el ambiente, no para la victoria, sino para la derrota.

Los medios de comunicación social influyen en la ejecución de las operaciones, creando u orientando estados de opinión colectivos que pesan en el poder político y que al final acaban generando decisiones que afectan directa y a veces intensamente, al planeamiento y conducción de las operaciones. Esto es un hecho que es preciso afrontar aceptando que las relaciones con los medios se han convertido en un nuevo factor a considerar en el planeamiento de las operaciones.

La lección está aprendida, como se manifestó en el control militar del tratamiento informativo de la Guerra del Golfo y conflictos posteriores, así como en la atención creciente que prestan las fuerzas armadas a sus relaciones con los medios de comunicación.

El **estrés** o fatiga de combate.

Las intensas preparaciones artilleras de la Primera Guerra Mundial descubrieron el fenómeno del entonces llamado *shock de batalla*, que en principio fue atribuido al efecto de las explosiones. Hasta la Segunda Guerra Mundial se consideró *neurosis de guerra* cuyas causas dependían del historial

médico del paciente. Conocido es el incidente del General Patton durante la campaña de Italia, con un soldado aquejado de fatiga de combate. Fue en ésta guerra donde se encontró una solución práctica al problema, al considerarla no como enfermedad sino agotamiento cuyo tratamiento era el relevo, descanso y reincorporación a la Unidad.

El estrés es un problema militar. La experiencia aliada demuestra que cabe esperar que alrededor del 25% de las bajas en combate lo sean por ésta causa. Es una reacción brusca ante situaciones extremas producida por la fatiga física intensa y la ominosa amenaza a la seguridad personal. Tiene origen en factores físicos y también psíquicos. Entre los primeros, el moverse en un medio físico hostil, desierto o selva. También la ausencia de un mínimo confort, en especial la falta de sueño, la alimentación escasa o incompleta, el calor excesivo con sudoración y pérdida de líquidos continua, la sed, el frío intenso, el ruido ambiental fuerte y continuo. Entre los psíquicos, la premura de tiempo en las decisiones, la incertidumbre, el desamparo, los rumores, la propaganda enemiga, el temor a las mutilaciones, la visión del horror, el miedo de fondo con picos puntuales, todo durante períodos prolongados de tiempo.

Entre las causas mas importantes de estrés en el combatiente, están las siguientes: fatiga acentuada por la falta de sueño, esfuerzo mental consecuente con la necesidad de estar alerta, nivel de iluminación bajo, exigencias de la batalla terrestre moderna que aumenta las tensiones del combate convencional, aislamiento por dispersión de los despliegues, condiciones adversas para ejecución de cometidos, ruptura del ritmo día-noche.³⁶

Sus manifestaciones comienzan antes del combate y su intensidad será proporcional a la intensidad y duración de éste.

La actuación sobre los componentes de la fatiga de combate es compleja, en el caso de los psíquicos. En todo caso la prevención, por medio de una instrucción realista y exigente, es el camino adecuado.

Existen técnicas individuales y colectivas para controlar el estrés. En lo referente a Unidades, pueden resumirse diciendo que la cohesión, la confianza en uno mismo, los compañeros y el Mando, es la principal defensa contra el estrés.

Además, la fatiga de combate no es un problema que afecte solamente a individuos que presentan cierta predisposición personal. El ambiente de combate ejerce presión general sobre todos los que se mueven en él deteriorando su resistencia. Según el informe oficial americano sobre agotamiento de combate en la Segunda Guerra Mundial, el soldado alcanzaba su efectividad máxima en los primeros 90 días de combate, la mayoría no eran efectivos a los 140-180 días, y su valor como combatientes tras 200-240 días era insignificante.³⁷

En la Guerra del Golfo se cuidó mucho la prevención de la fatiga de combate. Los británicos difundieron entre sus tropas técnicas elementales de higiene mental. Informaron que el tratamiento y la reincorporación a la Unidad es breve, y hallaron que un modo eficaz de combatirla es el “debriefing” posterior e inmediato al combate. El resultado fue la mitad de las bajas previstas por ésta causa³⁸.

Los norteamericanos encuadran equipos de salud mental en el nivel división y estudian organizar una compañía de salud mental para la gestión del estrés de combate.

³⁶Utrilla Laína, Félix, *El estrés en campaña*, SGE, Madrid, 1991, págs. 25-26.

³⁷Keegan, J., *El rostro de la batalla*, Ed. Ejército EME, Madrid, 1990, pág.359

El **sueño**. Aunque es una de las fuentes de estrés, merece un tratamiento específico. En la batalla de las Ardenas, el Mariscal Model ordenó *“... aprovechar cualquier ocasión para dar reposo y sueño... suprimir las actividades no imprescindibles... los Mandos deben procurar a sus hombres mejores ocasiones de dormir”*.

Con seis u ocho horas diarias de sueño se puede trabajar ilimitadamente. Sin dormir, cualquier Unidad es ineficaz en un plazo máximo de tres días. Dentro de éstos márgenes, la falta de sueño es acumulativa, aunque se acusa de modo distinto según las personas. Ojos enrojecidos, mirada vacía, palidez, deambular torpe, pérdida de interés por el entorno, habla confusa, son algunos de los síntomas. El más grave es la falta de concentración, porque degrada los procesos mentales, en particular la capacidad de absorber y evaluar información.

Los británicos han experimentado los efectos de la falta de sueño en operaciones continuas y sostenidas. Su experimento demostró que cuatro días sin dormir, dejan fuera de combate; a los cinco días, la mitad de la fuerza queda fuera de combate si sólo ha dormido hora y media diaria; en cambio, es capaz de cumplir su misión, a los nueve días, si ha conseguido dormir cuatro horas. El FDC* de la 82ª división paracaidista USA, quedó fuera de servicio a las 48 horas de vigilia. Los efectos son especialmente graves en los mandos, en particular los Jefes de Batallón y S-3, los aviadores y el personal de vigilancia ante pantallas. Las horas mas sensibles, de 3 a 6 y de 16 a 18.³⁹

También afecta al carácter, mas irritable, menos autocrítico y menos tolerante con los fallos ajenos, la atención disminuye y con ella la memoria

³⁸ Dr.R-A.Savary. *Quelques réflexions d'un psychiatre à l'usage de notre armée*. Revue Militaire Suisse.

* Centro Director de Fuegos.

reciente. La consecuencia inmediata es la lentitud en las tareas, incluso con fallos de seguridad. Por esto, los mensajes y órdenes han de ser claras, sencillas y por escrito, si esto no es posible, repetir las veces necesarias.

En la guerra hay que dormir. Existe la deformación, quizás provocada por los ejercicios en tiempo de paz, de la tendencia a la vigilia en el Mando. La realidad es que el sueño es una necesidad física del ser humano, su carencia provoca graves consecuencias, y por ello es necesario cuidar la disciplina de sueño organizando un sistema de turnos para que Mando y tropa duerman lo preciso, que es un mínimo de cuatro horas cada veinticuatro.

Se puede entrenar, en parte, contra la falta de sueño. Lo principal es un buen nivel de instrucción, que automatice los movimientos y evite esfuerzos mentales. También una buena forma física. En caso de actuar en zonas de distinto huso horario del habitual será necesario un periodo de adaptación al nuevo.

El hambre, sobre todo la falta de **agua**. Para higiene personal y fundamentalmente para beber. En zonas desérticas, incluso en nuestro suelo, la escasez de agua puede llegar a convertirse en un grave problema de abastecimiento que recarga la corriente logística (tenemos presentes las campañas africanas de éste siglo). Además de las condiciones climáticas, se ha dicho que las situaciones de estrés aumentan la sudoración y en consecuencia la demanda de agua. Su escasez o falta, aparte de las repercusiones físicas, influye gravemente en la moral porque mina la confianza en la capacidad de previsión del mando o su pericia en la ejecución de lo planeado.

La adecuada **asistencia sanitaria**.

³⁹ Major. Alan L. Moloff. *Sleep loss and its effects*. Infantry 6/90

*El soldado del siglo veinte no espera ser abandonado para morir de las heridas en el campo de batalla.*⁴⁰

La confianza en una rápida y eficiente asistencia sanitaria es crucial para la moral del combatiente que, en su fuero interno asume el riesgo de ser herido, pero se rebela ante la idea de morir o sufrir mutilaciones por causa de un sistema deficiente de evacuación o de asistencia. En compensación a su sacrificio, se siente con derecho a recibir una atención esmerada. Siempre ha sido un aspecto que merece cuidarse y hoy mas que nunca por el escaso margen de tolerancia hacia el número de bajas.

En Vietnam se llegó a alcanzar una media de quince minutos, en la evacuación de bajas, entre el momento de ser herido y el ingreso en el puesto de socorro.

La **asistencia social** debe actuar desde que el futuro combatiente es reclutado. Comienza con las atenciones mínimas a sus necesidades económicas que traigan causa del servicio y termina con la reincorporación a la vida civil. Incluye la atención sanitaria y psicológica posterior y la incorporación al sistema de pensiones, en su caso. La actuación de la sociedad, de las administraciones públicas, debe basarse en un principio reparador de las consecuencias negativas que para ése ciudadano ha supuesto su servicio. El soldado debe sentir que su esfuerzo es valorado y compensado de algún modo.

En sintonía con esto, es necesario dar valor a la licencia honorable del servicio. Su titular acredita capacidad de servicio en un ambiente jerarquizado, disciplinado, con exigencias personales físicas y morales que pueden llegar a extremas,... cualidades todas valiosas en cualquier organización empresarial y

⁴⁰ Keegan, John, *El rostro de la batalla*, Ed. Ejército EME, Madrid, 1990, pag.295

desde luego en la administración pública. No aprovecharlo es un derroche de potencial humano y debe profundizarse en ésta dirección pese a los obstáculos, que los hay.

Entre los **medios** para **mantener la moral** de combate, tienen mucha importancia las atenciones materiales. Los norteamericanos tienen muy presente el recurso a las “tres emes”[♦]. Distribuir comida caliente siempre que sea posible, repartir el correo con regularidad. El fondo de la cuestión es disipar la sensación de aislamiento, de soledad, hacerle sentir al combatiente que su tarea es importante, que tiene detrás a muchas personas que se preocupan por su situación y se ocupan en hacérsela más llevadera.

Es necesaria la rotación dentro de las Unidades para procurar descanso elemental: dormir, comer, beber, aseo. Es bueno articular un sistema de turnos en la ejecución de las misiones (primer escalón, segundo, reserva) porque ayuda a crear la sensación de compartir equitativamente los riesgos y evita presionar en exceso a unas Unidades, tenidas por más competentes, en beneficio de otras.

Además de las oportunas rotaciones generales, línea de contacto, retaguardia, a casa si es posible, las Unidades deben ser relevadas periódicamente de la Zona de Combate. Es impensable hoy sistemas como el alistamiento “por la duración de la campaña” de 1936, o el del Ejército Soviético y americano en la Segunda Guerra Mundial de no relevar Unidades, no conceder permisos, cubrir bajas sólo con reemplazos individuales... Esto daña la moral, socava la esperanza, porque el combatiente llega un momento que no ve otra salida que el fin del conflicto, impredecible, o ser baja él mismo. Hay

[♦] Meals, Mail, Money: comida, correo, dinero.

que poner una meta al compromiso, el sistema del “año de Vietnam” fue una muestra conocida.

El mantener razonablemente ocupados a los hombres en tareas tales como el mantenimiento de armamento y equipo, distrae y ayuda a espantar pensamientos deprimentes.

El vestuario y equipo debe ser el adecuado al tiempo y lugar. El frío y el calor extremos también afectan a la moral del combatiente por su efecto depresivo. En Corea, la temperatura llegó a oscilar entre -22° y $+47^{\circ}$, llegando a ser las bajas por calor seis veces mayores de las de combate.

El Jefe sigue siendo un pilar. Debe estar físicamente en los lugares donde la moral sea baja, las condiciones físicas duras, infundiendo confianza con su actitud.

La necesidad de fortalecerse espiritualmente antes del combate es una evidencia histórica, así que la asistencia religiosa reconforta al creyente y ayuda a todos. Además, el Capellán puede ser para el Jefe un valioso auxiliar, porque se relaciona con mandos y tropa y puede mantenerle informado de cuestiones como calidad de alojamientos, la comida, el equipo, funcionamiento del correo, o de cómo se acoge a los nuevos, cuestiones todas que quizás no le lleguen por vía ordinaria con los matices suficientes. Esto requiere que el Capellán tenga credibilidad, se gane la confianza del combatiente, y el mejor sistema es que comparta sus cargas, que se vista, actúe y viva como uno más.

Mencionar, por último, las **organizaciones de excombatientes** o mutilados de guerra, sede de las nostalgias de unos y referencia constante para todos, como representación viva de aquellos que cumplieron, pueden ejercer una labor beneficiosa en éste campo.

IV

CONSIDERACIONES FINALES

La moral de combate sigue importando. En nuestros días se estudia seriamente cómo medir su intensidad, como un dato más de planeamiento, como multiplicador de fuerza susceptible de variar la potencia de combate de una unidad.⁴¹

Una manifestación de la inquietud aliada en éste campo fue el Seminario que sobre “el componente moral de la potencia de combate” se celebró en Londres en Abril de 1997, cuyo objetivo era *“debatir si el componente moral de la potencia de combate está amenazado y si se requieren soldados con valores diferenciados de los que la sociedad actual detenta. Si esto es así, se necesita definir en términos de moral la legislación, autoridad de mando, disciplina y condiciones de servicio para sostener el componente moral de la potencia de combate”*. En sus conclusiones constatan la suprema importancia de éste componente moral, considerado factor clave para el combate y cuyo elemento primordial es la integridad personal. Aconsejan mantener normas de moral común más exigentes que en la vida civil. La distinción entre el bien y el mal. La necesidad de mantener la asistencia religiosa. La importancia de una buena imagen social del Ejército y de una creencia firme en él y en la bondad de sus cometidos.

Hoy son factores a trabajar como piezas clave de los que conforman la moral de combate, la legitimidad de la causa y la cohesión de Unidad.

Para el combatiente, la legitimidad de la causa es fácil de identificar cuando se trata de repeler una agresión externa sobre nuestro suelo, pero ya

⁴¹ T.Col.García Montaña y Cap. Núñez Amador, *El potencial*, Revista Ejército nº.697.Marzo 1999.

no lo es tanto cuando los intereses de España nos llevan más allá de nuestras fronteras. Mientras la misión se mantenga dentro de los límites de interposición o mantenimiento de paz o ayuda humanitaria, bien, hay un riesgo de bajas asumible, tiene buena prensa, se nota el calor de la sociedad y los medios, es una labor personal y humana gratificante,...Pero cuando se transforma en una acción de guerra pura y dura, la baja tasa de tolerancia de bajas provocará reacciones político-sociales con apoyo de medios, ante cuyos embates puede difuminarse éste sentido de legitimidad si la moral de combate no es firme. En éstas circunstancias es cuando la cohesión de las Unidades puede suplir en parte la reversión o la falta de apoyo social.

En España, hoy estamos en la coyuntura difícil del paso de un ejército de conscripción a uno profesional. Se participa con naturalidad en misiones internacionales de interposición o mantenimiento de paz, cuyo valor formativo a efectos de moral de combate es innegable, pero pueden tener el efecto colateral indeseable de asimilarlas a misiones de guerra, cuando no lo son.

Llegado a ése acto brutal que es la guerra, el hombre enfrentado a su semejante se debate entre la repugnancia de matar y la necesidad de hacerlo, entre el instinto de huir y el deber de imponerse al adversario, y en éste forcejeo es donde juega y debe vencer la moral de combate.
